

□ Clicks a la distancia

Otra isla imaginada

José Antonio Rodríguez



De la serie «Islario»: "Espacio negro IV".
(Foto: Laura Barrón)

Hace cuatro años, Laura Barrón lo dijo en el catálogo de *Paradeisos* (Galería Nina Menocal, abril del 98): "Me gustaba mucho la sensación de las imágenes deterioradas con el paso del tiempo como cuando ves fotografías antiguas. A veces hay personajes, pero yo no veía tanto a los personajes sino lo que había detrás o a su alrededor, los tonos, las atmósferas, sus escenarios. [Y] Cómo puedes meterte a esa parte." De aquellas tenues pinceladas fotográficas del pictorialismo que envolvían a los retratos y paisajes decimonónicos, en gran boga para equipararse con la pintura impresionista de hace un siglo, algo ha sobrevivido ahora desde la subjetividad posvanguardista: la sensación de fugacidad llevada al límite de la evanescencia, vuelta ahora una percepción de lo inestable dentro del más absoluto aislamiento.

Ahora es evidente que Barrón ha logrado explorar en sus imágenes esas atmósferas, porque aquí, en *Islario* —última exposición de la artista hasta hoy—, todo un universo ha terminado por difuminarse, por casi perder su referencialidad; por apenas percibirse, para llegar (o volver) a ese antiguo como soñado recurso pictorialista de la borrosidad que también nos remitiría aquí a una cierta falta de permanencia dentro de los espacios. Una especie de viaje vertiginoso sin paradas.

Precisamente desde *Paradeisos*, un proyecto de gran madurez de Laura Barrón, ya se evidenciaban las obsesiones de esta fotógrafa en sus recursos estilísticos: una ausencia casi absoluta de la figura humana en sus imágenes que no permitía más que percibir una marcada desolación; una fría arquitectura que llegaba a lo fantástico como vestigio del abandono; unos cielos opresivos que en su intemporalidad se volvían asfixiantes; unos espacios maleables hasta lograr una referencia irreconocible (en parte por el uso del gran angular, pero también por la manipulación en laboratorio que transformaban, o deformaban, esos espacios); y unos tiempos diurnos/nocturnos de plena ambigüedad. Para Barrón esos eran sus paraísos que lo mismo se ubicaban en el desierto que dentro de un imaginario laberinto. Meros paisajes inventados que dejaban ver un particular universo de matices desesperanzados.

De esos recursos algo permanece en *Islario*, aunque de manera renovada: esa lucha entre la oscuridad y la luminosidad en tensión; el vértigo del movimiento como trazo pictorialista (a la manera del grabado japonés en esos gélidos desiertos de hielo); lo fantasmal de las figuras que terminan por desvanecerse para lograr con ello llegar, más abiertamente, a la abstracción; y las referencias a las construcciones industriales (ciertamente apenas definidas) que vuelven a remitir a Barrón a esas frías ciudades de ficción futurista que tanto buscara desde sus inicios.

Aunque desde su nombre, *Islario*, nos remite a algo más. Un proyecto que fue gestado en un viaje de estudio y de trabajo a Canadá. Por eso aquí es evidente que Barrón no necesita estar en un sitio específico (un determinado país) para poner en práctica sus obsesiones sobre el espacio porque su permanente iconografía termina por aparecer. Si antes era el vacío y la forma del laberinto que nos remitían al extravío (o quizá más bien a una búsqueda autoexclusión), en este *Islario* se comienza a perfilar otra isla imaginada. Otra manera de búsqueda lejanía. Otra necesidad de alejamiento y soledad en la vastedad de esos fríos paisajes del norte.

Por eso ahora es evidente: Laura Barrón ha sabido llevar consigo sus aislamientos, aun en el viaje de aprendizaje. ■

Laura Barrón, *Islario*, Museo de la Ciudad de México, Pino Suárez 30, Centro, hasta el 16 de junio.